

La muerte de Cristo, precio de la nueva alianza

Viernes Santo
13 de abril de 1979

Isaías 52, 13-53, 12
Hebreos 4, 14-16; 5,7-9
Juan 18, 1-19, 42

Queridos hermanos:

La liturgia, hoy, puede concretarse en esta idea: *La muerte de Cristo, precio de la alianza nueva*. Quiero insistir en este tema de la alianza, que nos ha ocupado toda la Cuaresma, para que tengamos y penetremos más la idea de nuestra redención. Dios la ha venido proyectando desde el Antiguo Testamento en forma de una alianza, de un pacto, que luego los profetas traducían en la forma de un testamento; de allí el título del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

Al resumir esta tarde el mensaje bíblico en esa expresión, *La muerte de Cristo, precio de la alianza nueva*, surgen a la mente tres exclamaciones: ¡qué caro precio!, pero ¡qué rica herencia! y, por tanto, ¡qué grave responsabilidad la de los redimidos!

¡Qué caro precio!

¡Qué caro precio! Es la expresión espontánea cuando hemos escuchado en los labios moribundos de Cristo: “Todo se ha cumplido”. Es el que ha pagado, moneda a moneda, la deuda que debía la humanidad. Es el que ha realizado en su propia vida un

proyecto que Dios venía bosquejando desde siglos. Es la obediencia heroica del Hijo de Dios que se hizo hombre y se sometió, como hombre, a la voluntad de su Padre para pagar, con esta obediencia heroica, las desobediencias de todos nosotros, las desobediencias a la ley de Dios.

Ex 24, 5-6

La alianza que Dios hace con los hombres, desde Noé, Abraham, Moisés y la que anunciaron los profetas, siempre incluía el concepto de la muerte, siempre se exigían víctimas. Y cuando Moisés lee al pueblo la alianza que va a hacer Dios con ese pueblo, nos cuenta la Biblia que se mataron animales y la sangre de esos animales fue derramada parte sobre el altar y parte asperjando al pueblo. Era en la sangre que quedaba unido el pueblo con Dios. Ese concepto de sangre, de muerte, se hace todavía más expresivo cuando los profetas explican en qué consiste una alianza que Dios quiere hacer con los hombres. No se trata de dos iguales. Se trata de una subordinación del hombre a Dios, y de una gracia de Dios, una dádiva, unos dones que Dios quiere hacer a la humanidad. Es como una herencia. Y entonces, la alianza toma, más bien, el nombre de testamento. Es el padre que quiere dejar al hijo una herencia. Desde entonces, el nombre que se da a la alianza es, más bien, un testamento.

Y, entonces, se explica en el Nuevo Testamento que, para que tenga efecto un testamento, tiene que morir el testador. Y aquí aparece la muerte del Viernes Santo como la condición, como el precio para que todos esos regalos mesiánicos que Dios ha prometido al hombre se den como una herencia. Ha muerto el testador. Cristo juega aquí el papel doloroso del jefe de familia que muere como condición para que la familia disfrute la herencia que Dios le ha prometido. Por eso, Cristo muerto es el precio de esta alianza.

Y cuando leemos en las tres lecturas de hoy los dolores de Jesucristo: ¡qué precio más caro! Cuando el profeta Isaías, en la primera lectura de hoy, nos presenta verdaderamente al varón de dolores, ¡pero cómo ese hombre cargando con tanta ignominia, con tanto dolor! No es él el que tiene que sufrir. Él sufre en nombre de los pecadores. Él se ha hecho responsable. Y en esto consiste la tragedia de Cristo: que siendo inocente, siendo el Hijo querido del Padre, porque el Padre le ha aceptado la generosidad de venirse a hacer responsable de los hombres, le cobra, en su muerte dolorosa, todo lo que nosotros le debemos al Se-

ñor. En Él descarga la justicia divina el castigo que todos nosotros merecíamos.

Cristo deshecho en una cruz. “Lo vimos —dice el profeta— y no parecía un hombre, parecía un gusano que se arrastra por la tierra; deshecho, varón de dolores”. Es la figura del pecado castigado por Dios. Es la justicia divina que se cobra, en la persona amada de su Hijo, todo lo que nosotros debemos, para poder-nos perdonar, a todos, según la justicia divina. Este misterio no lo comprenderemos nunca si no tenemos en cuenta el respeto que Cristo tenía a su Padre. “La voluntad de mi Padre. La obediencia a mi Padre. Este es mi pan —decía—, hacer lo que mi Padre quiere”. El sentido del dolor solamente recobra el valor de la redención si se hace como sufrimiento en obediencia.

Is 52, 14; 53, 3

Jn 4, 34

Da lástima pensar cuántos sufren sin mérito. Cuando uno piensa en las salas de los hospitales, ¿quiénes son los que le están ofreciendo a Dios el dolor como obediencia a los designios del Señor? Cuando uno piensa en el mundo que sufre tanto y en la rebeldía de los hombres ante la voluntad del Señor, en vez del respeto y la obediencia al Padre que está tratando con unos hijos que han sido desobedientes y rebeldes, y los hijos rebeldes siguen reclamándole al Padre, piensa uno: ¡qué diferencia más enorme y cuánto mérito perdido! ¡Ah, si le diéramos, como Cristo le dio a su sufrimiento, el sentido redentivo, el sentido de la obediencia al Padre!

Por eso, la Iglesia predica la conversión hacia Dios. Porque es necesario también, queridos hermanos, discernir entre lo que Dios quiere y lo que Dios no quiere. Hay sufrimientos que Dios no los quiere y los hombres los están causando. En este caso, el hombre que peca, que abusa, que atropella, que tortura, que mata no está haciendo la voluntad de Dios; está contradiciendo al Señor. Pero la víctima, el oprimido, el que sufre, el torturado no puede hacer otra cosa que aguantar. Entonces, desde el fondo de su corazón, víctima de la injusticia, ofrece a Dios por la redención de su pueblo. Y gracias a Dios que hay este sentido de solidaridad con el pueblo en tantas víctimas del sufrimiento injusto. Pero, como Cristo, que también fue sentenciado a muerte y muere injustamente, desde el punto de vista humano, y convierte toda esa injusticia, toda esa opresión, en salvación al Señor, así tendría que ser, también, todo el sufrimiento que nuestra patria, que nuestras familias, que nuestros hermanos —sobre

todo, la clase pobre, sufrida— le dieran, a su dolor, no el sentido de una rebeldía, sino el sentido —ante Dios, me refiero— de una aceptación. Luchar por las justas reivindicaciones pero, mientras no llega ese mundo mejor, saber que ya se es redentor si se ofrece desde el fondo del corazón por la conversión de las injusticias, por la construcción de un mundo como el que Cristo soñó.

¡Qué cara esta alianza a la que Cristo se ha metido como redentor! En el Evangelio que se acaba de leer, hemos seguido, paso a paso, el desenlace trágico de ese precio que Cristo pagó con tanto gusto porque nos amaba.

¡Qué rica alianza!

Fijémonos en la alianza. ¡Qué rica alianza la que nos entrega Jesucristo en esta tarde! La muerte es el precio de esa riqueza, que ahora la tenemos en nuestras manos si la queremos disfrutar.

Ya en la primera lectura, como sobre la noche se va levantando la aurora, sobre el dolor se anuncia ya el triunfo de Cristo: *Is 52, 13* “Mi Siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho”. “Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años; lo que el Señor quiere prosperará por sus manos; justificará a muchos” *Is 53, 10-11*.

También en la segunda lectura aparece el premio del sacrificio de Cristo, pontífice que se presenta a los cielos en un trono de gracia y misericordia, “causa de salvación eterna” para todos los que ponen en Él su esperanza. Si Cristo ahora vale tanto es porque el Padre sumó a sus méritos todo el dolor de esta tarde en el Calvario. *Hb 5, 9*

Un símbolo precioso de la riqueza de la herencia eterna de Cristo es el costado abierto, que nos ha hablado el Evangelio de hoy. Un soldado, al mirar que Cristo ya estaba muerto y que no era necesario quebrarle las piernas, como era la costumbre... ¡Era horrible! El crucificado no moría, porque todavía podía respirar. Aún con todo el dolor de apoyar sus piernas en los clavos que estaban incrustados en sus músculos, podía elevar un poco el tórax y respirar; y, gracias a ese pequeño hálito que le llegaba, podía vivir. Pero cuando los verdugos querían que ya no viviera, le quebraban las piernas. Entonces ya no podía erigirse, ya no había respiración. El crucificado moría por asfixia. Se asfi-

xiaba horriblemente en esa tortura de la cruz. Pero cuando llegó el soldado que quebraba las piernas al crucificado Jesús, vio que ya había muerto. Entonces, para mayor seguridad, un soldado mete su lanza al lado del corazón y, todavía, Jesucristo, como en un gesto de generosidad, deja escapar las últimas gotas de su corazón: sangre y agua. ¡Cuánta mística ha inspirado esa lanzada del costado de Cristo! Dicen los padres de la Iglesia: “Allí nació la Iglesia, en el costado abierto de Cristo”¹. Aquellos dos ríos de sangre y de agua era la redención que, a través de los sacramentos, lavará los pecados del mundo.

Jn 19, 31-34

Pero quisiera fijarme, hermanos, que esa herencia se expresó en un testamento que los católicos llamamos las siete palabras que Cristo pronunció en la cruz y que no es hoy el tiempo de analizarlas en toda su profundidad, pero sí de recogerlas con el cariño de un heredero que sabe que el testador ha muerto en una agonía tan horrorosa; oír que de sus labios, junto con las gotas de su sangre, van cayendo esas palabras que son como el resumen de toda la alianza de Dios con los hombres:

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Este es el bien más grande de la redención: el perdón de Dios a nuestros pecados. No hay alegría más grande que la de la conversión. Por eso, en Semana Santa, todos los cristianos debíamos de saborear la dulzura de esa palabra de Cristo, el perdón de los pecados.

Lc 23, 34

La segunda palabra la dirige Cristo, precisamente, a un converso. El ladrón que está a su lado pide a Cristo un recuerdo en su reino: “¡Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino! Yo tengo fe que tú eres Hijo de Dios. Yo creo en tu inocencia. Nosotros sí morimos culpables, pero tú no eres culpable”. Y lo ha defendido. Y Cristo le dice en respuesta: “En verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”. Esta es otra rica herencia, de la herencia del testamento de Cristo: la trascendencia de nuestras esperanzas, el esperar un reino; aun cuando se muera, como el buen ladrón, víctima de nuestras propias culpas, enredados en nuestras propias miserias, queda siempre un suspiro de esperanza: “Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”; y un Cristo que nos tiende los brazos para llevarnos a su reino si de veras nos convertimos a Él.

Lc 23, 42-43

¹ Cfr. San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre las cualidades de las esposas* 3, 3: MG 51, 229.

Jn 19, 26-27 La tercera dulcísima palabra de Cristo es la herencia de su propia madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Y a todos nosotros, en la persona de Juan, nos ha dicho: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde entonces, entre María y los cristianos se establece una relación tan dulce que el nombre de la Virgen, las avesmarías de nuestros labios surgen por millones cada hora hacia el trono de la ternura maternal: María.

Mc 15, 34 Y cuando Cristo siente la soledad, la angustia, la prueba de su obediencia heroica, casi como un abandono del Padre, surge una cuarta palabra: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”. No es un abandono, pero sí siente Cristo todo ese dolor y esa angustia que el corazón del hombre más de una vez tiene que sufrir. Es la sicología del sufrimiento: sentirse solo, sentir que nadie lo comprende, sentirse abandonado. Y en esa soledad, Cristo nos ha dejado esa palabra que servirá como oración, como religión, como fe en el Dios verdadero. ¡No nos está fallando Dios cuando no lo sentimos! No digamos: “Dios no me hace lo que yo le pido tanto y, por eso, ya no rezo”. Dios existe; y existe más, cuanto más te sientes lejos de Él; y existe Dios más cerca de ti cuando tú crees que está más lejos y que no te oye. Cuando sientes la angustia, el deseo de que Dios se acerque porque no lo sientes, es que Dios está muy cerquita de tu angustia. ¿Cuándo lo vamos a comprender? Que Dios no es un Dios que solamente nos da felicidad, sino que prueba nuestra fidelidad en las horas de angustia. Y es, entonces, cuando la oración, cuando la religión tiene más mérito: cuando se es fiel a pesar de no sentir la presencia del Señor. Ojalá que, ante este grito de Cristo, nosotros aprendamos que Dios es siempre nuestro Padre y nunca nos abandona y que nosotros estamos más cerca de Él de lo que nosotros pensamos.

Sal 69, 22 Llega al colmo la angustia de Cristo, y sabe que hay un detalle que todavía no se ha cumplido entre todos los proyectos de la salvación, aquel de la Escritura que dice: “En mi sed me darán vinagre”. Y provoca el cumplimiento de esta Escritura con esta quinta palabra: “Tengo sed”, para que un soldado, empapando una esponja en vinagre, la estruje aunque sea groseramente sobre los labios del Cristo que muere.

Jn 19, 30 Y cuando la escritura se ha cumplido también en este detalle, Cristo pronuncia la palabra: “Todo se ha cumplido”. “Todos los detalles que mi Padre había proyectado para esta trágica

alianza, en la cual yo soy el precio, el dolor, para que mi Padre bendiga a la humanidad —dice—: todo se ha cumplido”. ¡Quién nos diera, queridos hermanos, que nuestra vida fuera el cumplimiento de la voluntad del Padre! Da lástima —repito, aquí— pensar cuántas vidas se van construyendo al margen y, quién sabe, si contra la voluntad de Dios. ¡Cuántos van buscando la felicidad por caminos que no son los que Dios señala! ¡Cuántos, al morir, no pueden decir a Dios, como Cristo decía: “Todo se ha cumplido”, sino, ¡qué horrible!, tener que decir: “Mi vida toda ha sido una oposición a la voluntad del Padre; mi vida ha sido una negación al amor que Dios me pedía; mi vida no ha sido más que de crímenes, de violencias, de odios!”. No gastemos la vida por los caminos por donde Dios no nos quiere. Caminemos ya donde quisiéramos ser encontrados a la hora en que Dios nos pida la cuenta de nuestra existencia. ¡Qué hermoso poder decir como Cristo: “Todo se ha cumplido. En mi vida, no he sido más que un poema del proyecto de Dios y de mi propia realización. Me he realizado tal como Dios quería. He seguido la vocación que Dios me dio. He tratado de ser como Dios quería que fuera”.

Y viendo que todo está cumplido, la palabra final: “Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu”. De nuevo la trascendencia. Hermanos, nuestra vida no se va a quedar en el sepulcro; nuestra vida no se va a quedar en la fama de la historia; nuestra vida no la aprisionan los aplausos de nuestros éxitos. Todo esto vuela con el viento. Lo que vale es poner el alma en las manos de Dios; ser recibido, mi espíritu, por el Señor, que le dará un premio o un castigo. Esta debe ser la meta hacia la cual aspiremos en todos los pasos de nuestra existencia.

¡Qué rica herencia! ¡Qué rica esta alianza que Dios hace con nosotros y que ha costado tan caro en el dolor de su propio Hijo!

¡Qué grave responsabilidad!

Por eso, termino con esta consideración. Tercero: ¡qué grave responsabilidad la del hombre redimido! En las mismas lecturas de hoy, ya se insinúa cuando en la epístola a los hebreos nos invita: “Mantengámonos firmes en la fe”; y nos dice también: “Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia”. Y cuando el Evangelio, ya terminando el relato de la pasión, escribe San

Lc 23, 46

Hb 4, 14

Hb 4, 16

Jn 19, 35

Juan: “El que lo vio da testimonio; y su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis”. Esta es la responsabilidad: tener fe y tener confianza. ¡Lejos de nosotros el pesimismo! ¡Lejos de nosotros la desesperación! Y esta Semana Santa, en el marco de nuestra situación nacional, no debe servir para desesperarnos. Dios está muy cerca de nosotros. El precio de nuestra redención ha sido muy caro y Dios está dispuesto a darnos su misericordia y su redención. Solo hace falta una cosa: que los redimidos tengamos fe, que los redimidos tengamos confianza en el Señor, que sepamos apreciar con nuestra actitud cristiana lo que Dios ha pagado por nosotros, que sepamos apropiarnos los dones de la redención, que sepamos —como lo vamos a hacer dentro de un momento— depositar, con todo el amor, un beso en la cruz de Jesucristo para decirle: “¡Salve cruz, eres la única esperanza de nuestra vida y de nuestra historia!”.

Realicemos, hermanos, la redención; completemos al precio doloroso de Cristo, el pequeño precio de nuestra contribución: nuestros dolores, nuestros sufrimientos, nuestra entrega, nuestra fe, nuestra identificación con el Redentor, que solamente eso espera: que creamos en Él y que esperemos en Él. Así sea.